



El artículo titulado *Construir un posible en la infinidad*, publicado en el número anterior, ha suscitado numerosas reacciones. Conocemos, entre otros, los análisis de Julio A. Hernández, Miguel Saludes, Joaquín Estrada y Carlos Amador. Por razones de espacio, sólo reproducimos la misiva de este último, así como la respuesta del autor.

Bayamo M.N., 7 de mayo de 2008

Sr. José Ramón Pérez
Director Espacio Laical

Estimado señor:

La lectura del artículo *Construir un posible en la infinidad*, de LENIER GONZÁLEZ MEDEROS, publicado en la revista que usted dirige en la sección Tema Polémico me ha hecho reflexionar muy seriamente y basado en el nombre de la sección me atrevo a enviarle mis modestas consideraciones.

Revisando la carpeta de LA POLÍTICA EN LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA del Plan de Formación Sistemática del IITD, que se cursa en varios de los centros formativos eclesiales, pude encontrar en su página 40 el señalamiento de los tres actores fundamentales de la escena de la comunidad política: la persona humana, los grupos intermedios y el Estado, como comunidad política organizada.

Con todo respeto pero creo que el autor carga una gran dosis de responsabilidad por el futuro nacional sobre los hombros del actual Presidente de Cuba. Otorga un peso excesivo al exilio y a los factores externos. No creo que eso sea ni cierto, ni correcto desde el análisis de los tres actores mencionados arriba.

Le soy sincero y confieso que su lectura dejó en mi una sensación de que nada era posible y que el guión de esta obra, mi obra también y la de mi familia, está siendo escrito por manos ajenas o lejanas, sin mucha conexión con la Cuba real que vive, sufre y sobrevive a una crisis que ya dura demasiado tiempo y a la cual no se le ve fin.

Creo que el futuro de Cuba debe estar, mucho más que sobre los hombros de un hombre, sobre los hombros de todo un pueblo al cual se le deben reconocer, facilitar y alentar las vías y medios para en difícil y azaroso contrapunteo, por un lado dar salida a todo el caudal de frustraciones y sueños postpuestos y por el otro aunar voluntades y juntarse con sus conciudadanos con los cuales coincide o discrepa pero que desean juntos, como cubanos, aportar su granito de arena en el construir nacional.

Creo que en este momento resulta de insuperable utilidad el concepto de Casa Cuba, enarbolado machaconamente por

monseñor Carlos Manuel de Céspedes, y que nos permite acercarnos a la situación nacional desde la perspectiva de una familia que vive en la misma casa, con discrepancias y distintos pareceres pero con la convicción de que únicamente entre todos los miembros de la familia es posible “echar palante” como dirían los vecinos de mi ya lejana infancia santiaguera. Creo que en cada hombre y cada mujer de este pueblo hay suficientes potencialidades para hacer avanzar un proyecto común con garantías de futuro.

Por último pienso que a quien hay que convencer de la viabilidad de cualquier proyecto político es en primer lugar al ama de casa que hace malabares para poner algo en la mesa familiar y al trabajador que tiene que “inventar” para que su salario sin valor real se multiplique por vías no muy legales pero sí legítimas a fin de lograr sobrevivir junto a su familia.

Es a ellos a los que se debe permitir expresarse libremente y son ellos los que deben conocer, aceptar o rechazar cualquier proyecto de reconstrucción nacional y a los que se les deben facilitar los modos de expresar su aprobación o no.

Queda de usted, respetuosamente

Carlos Amador Rodríguez
Bayamo M.N., CUBA

Estimado señor Carlos Amador Rodríguez,

José Ramón Pérez, director de *Espacio Laical*, me ha hecho llegar la carta que nos ha dirigido a raíz de la lectura de mi artículo *Construir un posible en la infinidad*, que salió publicado en la sección Tema Polémico del segundo número del presente año. Después de leer detenidamente su misiva, juzgo oportuno brindarle mis consideraciones sobre algunas de las cuestiones planteadas por usted.

El primer elemento que resulta imprescindible despejar está relacionado con el objeto de análisis de mi trabajo. *Construir*

un posible en la infinidad intenta realizar un bosquejo de los retos que debe afrontar, en este momento crucial de nuestra historia nacional, el Presidente de la República, general Raúl Castro. Intento recrear algunas variables actuantes en el contexto nacional e internacional, su influencia sobre el sistema político y destaco la responsabilidad del primer mandatario en encauzar una gestión de gobierno que logre capitalizar esas realidades para bien del país.

El haber comprendido esto es imprescindible para poder enmarcar un campo mutuo de interacción mínimamente viable (y racional) entre emplazador y emplazado. Sinceramente, en ocasiones me da la impresión de que esa perspectiva se pierde completamente en su carta.

Los planteamientos de su misiva sacan sus consideraciones del terreno de la realidad política y lo llevan al campo del deber ser, de sus más íntimos deseos, y eso, a fin de cuentas, es viajar a los predios de la irrealidad y la fantasía. Pero quizás lo más lamentable de su misiva sea el tono categórico y poco dialogante que utiliza para deslegitimar mi análisis, sin proponer fundamentos sólidos que sostengan lo afirmado por usted.

Es imprescindible que le diga que mis reflexiones están escritas sin odios ni rencores para nadie, teniendo como premisa fundamental el respeto por el otro. En este momento crucial de nuestra historia es imprescindible que los laicos católicos utilicemos una metodología de participación social que nos saque de una dialéctica confrontacional y nos recolocque en las sanas coordenadas de la fraternidad cristiana.

Para ello, como siempre insiste en recordarme un gran amigo, es imprescindible decir lo correcto, en el momento correcto, de la manera correcta. De tal forma que los posibles interpelados puedan responder de manera positiva y se logre restablecer, a su vez, la confianza entre los actores sociales de nuestro país. Es en esta capacidad de amar y respetar “al otro” sin exclusiones, contra viento y marea –y a pesar de las más terribles heridas infligidas- donde reside la fuerza irresistible de la Iglesia.

La construcción de lazos fraternos debe ser el mayor aporte de la Iglesia Católica en el momento presente que vive Cuba. Este espíritu de comunión –y no otro- debe ser también la brújula que guíe a una publicación que se diga católica.

A lo anterior añado que traté por todos los medios que mi exposición se ajustara lo más posible a la realidad sociológica de Cuba, sobre la base del mayor realismo político posible, intentando colocar sobre los hombros de los diferentes actores nacionales la cuota de responsabilidad que poseen realmente en la práctica.

La intelectualidad, la Iglesia Católica, el exilio, la oposición, la comunidad internacional y la ciudadanía son sectores a los cuales les asigno un peso en la medida que actúan como dinamizadores sociales, en la medida que, al cumplir sus roles correspondientes en la sociedad, tienen una incidencia real sobre el sistema político. Mis planteamientos parten de un largo y cuidadoso proceso de observación y

análisis de la realidad de mi país, no de una caprichosa improvisación. Cuando usted me recrimina que coloco “una gran responsabilidad por el futuro nacional sobre los hombros del actual Presidente” en detrimento de la implicación de la ciudadanía en la solución de nuestros problemas, no hace más que crear una yuxtaposición de actores sociales que resulta artificial, cuando no irreal.

El conjunto de relaciones sociales que tienen lugar entre la ciudadanía y las instancias del sistema político será siempre un vínculo tensional de mayor o menor tirantez. Esta realidad es así en todos los puntos del planeta, y como es natural, tiene peculiaridades específicas en el caso cubano.

Debemos tener presente que el peso de la ciudadanía en el actual proceso de transformaciones en el país será mayor en la medida en que el gobierno articule los espacios para este fin. Personalmente no creo que hoy exista una presión de los ciudadanos sobre el sistema político que fuerce a implementar estos espacios, más bien la materialización de los mismos quedará a la iniciativa del gobierno.

Este hecho parte de una realidad sociopolítica objetiva que, nos agrade o no, es constatable. Es esta percepción personal la que define el peso específico de la ciudadanía dentro de mi trabajo. Incluso, si nos detenemos a buscar formas asociativas dentro de esa ciudadanía –fuera de la llamada “sociedad civil socialista” (CDR, CTC, FMC, ANAP, etc.)- nos encontramos con un panorama muy reducido, circunscrito a las redes asociativas vinculadas a las logias masónicas y a las diferentes iglesias cristianas, para mencionar a las de mayor impacto social.

Por otro lado, es cierto que coloco responsabilidad sobre los hombros del primer mandatario de la nación: lo hago no sólo porque en la práctica el Jefe de Estado detenta esa responsabilidad –avalada en Cuba por una práctica política que se retrotrae hasta fechas no tan recientes de nuestra historia nacional-, sino, además, porque era ese y no otro el objetivo primario de mi análisis. El objetivo y alcance de mis reflexiones quedan claramente esbozados desde el tercer párrafo de mi artículo.

Para finalizar quisiera alertar sobre algo que me parece de una significación extrema. Es importante que no hagamos un uso reductivo y utilitario de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI), cual si fuera un manual de marxismo.

Queda de usted en Cristo,
Lenier González